

El Arte, Dominio del Espíritu

S. de Anitua, S. J.

Es preciso que exista el arte, para que haya sonrisas de niño en un mundo serio de tragedias. El arte es la evasión de la tragedia cotidiana, en busca de una belleza absoluta. Por eso el arte es el dominio del espíritu, cuando el materialismo se ha asentado en nuestros pequeños problemas cotidianos, impregnados del materialismo prosaico de la vida moderna. El poeta y el artista es, por eso, considerado como un anormal, por la gente seria de los negocios. El poeta es, como los pájaros, un ser que vive de sus cantos. Sin embargo, él es quien nos trae el mensaje de lo puro.

¿El poeta un anormal? —Con la misma razón podemos poner este apelativo al filósofo y al místico. El filósofo tiene un espíritu eternamente curioso, que plantea “por qué” extraños, ante las cosas más sencillas, que pasan desapercibidas al hombre normal. Es el eterno buscador de una sombra en plena claridad de mediodía. ¿No han sido todos los genios unos seres anormales, empeñados en complicar el mundo sencillo que se nos entra sencillamente por la ventana cada día?

El P. Blanchet, con su fina sicología de “amador de almas” ha expuesto en su libro *“Le Spirituel et la Littérature”* sugerencias preciosas, para entender esta sublimidad del arte y para entender el afán inquieto de aquellos innovadores bohemios de Montmartre y Montparnasse, que abrieron nuevos caminos a la literatura moderna. Sus extravagancias adquieren un relieve de aventura espiritual, y el arte moderno nace bajo el signo del espíritu.¹

No quiere esto decir que todos los innumerables poetas que han surgido en el camino de las extravagancias, tuvieran un verdadero anhelo de espiritualismo. Pero el verdadero artista —el poeta, el músico, incluso el músico creador de ese jazz espiritualista negro— persigue al espíritu en su paso fugaz, en las filtraciones de este mundo materialista, por el que el más allá se nos comunica. La excentricidad del mismo poeta —nos dirá Blanchet, hablando del convertido Max Jacob— era ya “la huida de un mundo que asfixiaba, y la búsqueda de un centro divino”. ¿Se nos creará si vemos en sus experiencias poéticas una aproximación a tientas hacia la conversión? La vida bohemia, ciertos procedimientos extraños de escritura, el valor concedido al sueño nocturno y en vigilia, todas estas singularidades del poeta de vanguardia, que fueron vividas por otros de una manera más

(1).—BLANCHET, A. *“La littérature et le Spirituel”*, (París 1959). Gran premio de crítica literaria, concedido por la Academia francesa.

superficial y totalmente profana, adquieren en Max una profundidad y gravedad únicas y no se puede seguirlas en detalle sin emoción, cuando se cae en la cuenta de que le encaminaban a un cara a cara con Dios".²

Precisamente, porque queremos seguir en este mundo los rastros del espíritu, es por lo que vamos a exponer las sugerencias que el P. Blanchet nos hace en su libro. Tal vez así comprenderemos un poco mejor el hon-tanar original de todas estas escuelas artísticas —pictórica y poéticas— desconcertantes, dándoles el valor que se merecen. Y tal vez, también, con estas consideraciones, entenderemos un poco de esas reacciones insólitas de muchos de nuestros jóvenes, que en la forma de disconforme, expresan su repudio de un mundo serio y grave, que tiene, tal vez, mucho de asfixiante, precisamente por su materialismo calculador y estrecho. ¿Será, quizá, la angustia de esta crisis por la que atraviesa gran parte de nuestra juventud y de nuestros intelectuales, el precio amargo que hemos de pagar al confort materialista que hemos querido instalar en nuestra vida, empequeñecida en unos horizontes demasiado estrechos, que duelen a todo espíritu soñador, eterno aventurero de mundos fantásticos sin fronteras? ¿Será que hemos querido ahogar en nosotros esa ansia constitucional de nuestros espíritus hacia el Infinito, y revienta incontenible en esfuerzos exagerados y locos, buscando a tientas, tal vez por caminos equivocados, una libertad a la que no puede renunciar? Quizá estos gritos desahogados de nuestra juventud, son los gritos del niño en la noche, porque las tinieblas de este mundo les espantan; sus exhibiciones, son la réplica del pudor; sus locuras son hambre de una alegría, que no encuentran".³

El ambiente en que nació la poesía de vanguardia.

Hacia el año del 900 la atmósfera materialista era asfixiante para toda alma un poco exigente: "La válvula del positivismo cierra entonces todos los caminos y el mundo moderno, como una máquina de vacío, va extra-yendo el aire respirable... La asfixia se ha hecho perfecta... El grito de vigia de Juan Paul (Sartre): ¡Dios ha muerto! ¡El cielo está vacío! fue repetido como en un eco exultante por Nietzsche: ¡Dios ha muerto! ¡Hay que vivir!"⁴

Pero los poetas modernos, se hicieron más bien eco de Nerval: Si Dios ha muerto, todo ha muerto! Y "el simbolismo tentó bien pronto una fuga de este baño materialista".⁴ "La prosa amazacotada del materialismo, era una connivencia con la prisión; la evasión poética era un ímpetu hacia la ilusión".⁵

Ahí ve Blanchet el punto de partida del arte de vanguardia: en la aventura por caminos "que parecen necesariamente extraños a los que no buscan nada, y a los que ya han encontrado en la religión un remedio prefabricado a los males modernos".⁷ Tanto el burgués ateo, como el bur-gués religioso; quien no se preocupa de salir de su prisión, porque no ve

(2).—O. c. p. 21.

(3).—Ibid. págs. 20-21.

(4).—Ibid. pág. 21.

(5).—Ibid.

(6).—pág. 22.

(7).—Ibid.

los barrotes de su celda, como el que no ve la necesidad de emprender caminos nuevos, porque se ha fabricado un alma sin preocupaciones, anclada más o menos convencidamente en sus tradiciones de alguna manera cristianas, hacían ascos de estos aventureros del espíritu. El ateo amaba la oscuridad de su mundo, en la que podía dormir más cómodo; el cristiano —biológicamente asentado en su fe— no podía comprender que hubiera oscuridades en su panorama totalmente claro de sol. Sólo el artista auscultaba a este enfermo inquieto y asfixiado de su mundo, y buscaba nuevas rutas de libertad, entre el escándalo de unos y otros: de la malicia y de la ingenuidad.

Así se excusaba Gerard Nerval: “Para nosotros, que hemos nacido en la época de las revoluciones y de las tormentas, en las que todas las creencias han sido aniquiladas, educados a lo sumo en una fe vaga que se contenta con algunas prácticas exteriores y cuya adhesión indiferente es quizá un pecado mayor que la impiedad y la herejía, nos resulta muy difícil esta empresa de reconstruir el edificio místico, cuya figura la tienen ya totalmente conocida en sus corazones, los simples y los inocentes”.⁸

Por eso Apollinaire pedía comprensión para sus esfuerzos: “Nosotros, los que atisbamos por doquier la aventura, no somos vuestros enemigos; queremos encontrar vastos y extraños dominios, donde el misterio se ofrece en flores a quien lo quiera recoger. Piedad para nosotros, los que combatimos siempre en las fronteras de lo ilimitado y del porvenir; piedad para nuestros errores y pecados”.⁹

Estos poetas querían evadirse de este mundo cerrado y compacto, en el que sin embargo se filtran algunos rayos del mundo trascendente de los espíritus, a través del subconsciente y de los sueños. Quieran anclar su esquife aventurero en el cielo. O mejor, como dice Max Jacob, sin evadirse de las realidades terrenas, quieren “recrear la vida de la tierra en una atmósfera de cielo”.¹⁰

La poesía para los primeros vanguardistas no era un mero juego de facultades superficiales “sino una entrega de todo el ser, en cuerpo y alma, a una aventura psicológica impaciente de cambio de postura espiritual, un medio de conocimiento e incluso el único, una vez que los otros ya habían fracasado, una introducción mística al secreto último, que conferirá finalmente un sentido y un valor a esta vida. En términos cristianos, se diría que la poesía para estos era una expedición de avanzada en busca del paraíso perdido, la resolución de morir para resucitar, la invocación de una gracia innominada, la conversión, es decir el enrutamiento de todo el ser hacia perspectivas renovadoras y divinas”.¹¹

Hubo fallos, tanteos, excentricidades. Ciertamente. Pero hemos de recordar, que esta poesía nacía en un tiempo sin fe, y en un mundo sin luz. “El drama de la poesía moderna —afirma Blanchet— es el de la fe perdida”.¹²

Para estos poetas “la realidad última no es este mundo compacto y duro, inhabitable para un alma viva, sino el espíritu. ¿Somos, por ventura esclavos, que dan vueltas a la piedra del molino, bajo un cielo cerrado?

(8).—NERVAL, G. *Aurélia*, parte segunda.

(9).—APOLLINAIRE, “*La Jolie Rousse, Calligrammes*”.

(10).—MAX JACOB, “*Art Poétique*”, (1922), p. 73.

(11).—BLANCHET, p. 29.

(12).—Ibid. BLANCHET, p. 22.

No, sino seres divinamente libres. Los caminos de la invención se abren ante nosotros, y no somos seres sin inteligencia, como los genios del cielo o de los astros. Este mundo no puede ser el verdadero, sino una apariencia de él, como lo había vislumbrado Platón. Desnudémonos de la materia y de sus exigencias. Quién sabe si la vida llamada "normal" no es una somnolencia, en la que el espíritu, con una convicción estúpida, pasa y repasa la trezadera de sus conceptos, en un sonambulismo parecido al de la araña fascinada por su obra, para quien el mundo "real" se limita a su tela extendida y las vibraciones que la agitan".¹³

El poeta quería descubrir este mundo real, que lanzaba sus mensajes, a través del inconsciente, reflejándolos en la pared oscura de esta caverna platónica. Por eso buscará la liberación de los sueños, "donde se nos abren las puertas de marfil que nos separan del mundo invisible"¹⁴, "ese mundo complementario del nuestro"¹⁵, ese tiempo en que "nos colocan las sandalias mágicas que nos permiten evolucionar en una cuarta dimensión".¹⁶

El sueño es esa "página blanca, abierta a la vista de un escriba misterioso". Max Jacob confiesa ingenuamente esta aspiración suya, al escribir al dictado del sueño: "Se ha dicho que yo me aprovecho de los sueños nocturnos para componer mis poemas. No lo niego absolutamente. Tomo mi bien donde lo encuentro, aun cuando sea en el cielo de las imágenes de Platón, cuyo reflejo son los sueños nocturnos".¹⁷

Y así nació el surrealismo, o el superrealismo: en una ambición de captar el mundo del espíritu, ese mundo suprarreal, que nos circunda.

Lo mismo podemos decir del dadaísmo o del futurismo. El poeta "se aplicaba a aprehender de todas las maneras posibles los datos del inconsciente: vocablos en libertad, asociaciones atrevidas de ideas, sueños nocturnos y diurnos, alucinaciones, etc."¹⁸

Así ha nacido el dadaísmo; con el mismo afán espiritual de evasión, con la misma repulsa del mundo materializado, que ciega y que ensordece el lenguaje del espíritu o de los espíritus, que nos hablan desde el más allá. El poeta agitaba su cubilete de dados, lanzaba las palabras sobre su papel virgen, y escuchaba el eco de las palabras entrecruzadas, tal vez sin ningún sentido, más aún incoherentes. Pero esta incoherencia formaba la fórmula mágica que le descifraba el lenguaje de su espíritu. Tal vez con esto hayamos dado a la palabra un valor definitivo. Pero ¿es que acaso el parnasianismo con sus epítetos bien colocados, con su rima impecable, con sus signos rebuscados, no canonizaba también, y en un sentido más falso, la belleza de la palabra? —El parnasiano o el romántico, se desterraban al mundo oriental, de bellezas irreales y ficticias, creaba sus símbolos de cisnes cuellilargos y princesas cloróticas, hacía surgir falsamente un paraíso terrenal en sus fábulas. Era lo que nuestros poetas nicaragüenses de vanguardia detestaban en Rubén, arrinconando en la trastera de lo ficticio a sus príncipes enamorados y a sus rajás de pedrería. Los poetas modernos querían recrear la realidad del espíritu en este mismo mundo, descubrir en la escoba familiar y en la mosca sucia, el mensaje de realidad y de vida que nos refleja en su cotidianidad inadvertida.

(14).—Ibid. p. 23.

(15).—Ibid. p. 25.

(16).—Ibid.

(17).—MAX JACOB, "Nouvelles Littéraires", 20 fév. 1932.

(18).—MAX JACOB, "Cornet à dés".

El artista un descontento de su tiempo.

Para ello el artista tenía que reaccionar contra su ambiente, confortablemente instalado en este mundo oscuro. Por eso el verdadero artista ha sido siempre un insatisfecho. Como el joven, que tiene en sí mismo mucho de artista en su inconformismo no debilitado todavía por conveniencias sociales o prudencias conformistas. Estudiaremos en este apartado el origen de algunas de estas excentricidades del poeta —aplicables a las reacciones juveniles de nuestro tiempo— que nos harán pensar un poco sobre los males de nuestro mundo materialista. Tal vez, en el destierro del espíritu, y en la confinación de su libertad ilimitada —don divino— encontraremos la raíz más profunda de las convulsiones que amedrentan a los espíritus graves y calculadores de nuestra época.

1.—El artista y el burgués.

El artista quiere oponerse al hombre medio, contento de su suerte y de su mundo, sin preocupaciones por un mundo mejor ni por un cambio de cosas. El artista quiere oponerse al burgués.

No vamos a discutir aquí la propiedad de este apelativo respecto al hombre sin preocupaciones. La palabra **burgués** ha pasado a significar todo cuanto de rastrero hay en nuestro mundo. En este sentido la entendieron los poetas de vanguardia y en este sentido lo entienden los inquietos de nuestro tiempo, cuando encaran el problema social y la distribución de las riquezas. Sólo en este sentido lo entendemos nosotros también. No nos fijamos en la mayor o menor cantidad de riquezas, en el mayor o menor confort o nivel de vida; sólo caracterizamos con este epíteto una manera de ser, que ha cristalizado en mucha gente despreocupada de nuestro tiempo. Contra estos reacciona el artista y la juventud.

2.—Primer rasgo del burgués.

El burgués es un hombre enormemente utilitario y funcionarizado. Estas dos cualidades de su sicología chata ha limitado grotescamente las aspiraciones generosas. “Es el pecado de la sociedad moderna, —dice el P. Blanchet—. Nuestro mayor enemigo es esta personalidad que nos hemos hecho: endurecida en lo artificial, petrificada por el interés, cosificada al contacto con las cosas. Tal es la roca que es preciso romper... Huir de las costumbres mentales del burgués, tan rastreramente atado a la tierra, tal será el camino de la salvación. Tomemos alegremente la contramarcha de cuanto él ama y adora”.¹⁹

Este era el ideal de los nuevos poetas. Huir de esta asfixia, para respirar a pleno pulmón las auras de lo real y de lo espiritual. Y, puesto que el burgués se caracteriza en primer lugar por su calculismo previsor, el artista nuevo se lanza a la bohemia de un vivir al día. Desnudos de todo interés material podrán conocer la libertad divina. He aquí por qué Max Jacob, a instancias de Picasso —otro bohemio pobre del París artista—

(19).—BLANCHET, p. 23.

abandonará su empleo para vivir como un puro poeta. ¿No tenía esta postura, en fin de cuentas, mucho de ascetismo verdadero, y no se encierra en ella algo de aquella sabiduría iluminada de los grandes maestros de la vida espiritual, para quienes el primer paso en el camino hacia Dios, ha de ser rechazar con toda el alma, cuanto el mundo ama y abraza, y abrazar cuanto el mundo desprecia?

He aquí, por qué en muchos verdaderos artistas, la bohemia tuvo una raíz más alta de la que ordinariamente se le achaca. Aunque tampoco queramos defender que fueran muchos los casos en que esto sucedió, y que, por el contrario, hubo muchos que se lanzaron por el mundo del noctambulismo buscando más bien un escape a su vida pasional. El escape de este mundo puede ser hacia un mundo más alto o hacia un abismo más profundo. La civilización y las convenciones sociales nos estorban un vuelo más libre hacia las alturas, pero también en muchas ocasiones impiden un animalismo craso, que no cuadra con el esteticismo de la moralidad social.

3.—Segundo rasgo del burgués.

El burgués se toma en serio a sí mismo. Y una tal seriedad ¿no resulta demasiado cómica, cuando la experiencia cotidiana de nuestra pequeñez, se nos hace carne en nuestras tendencias inconfesables y nuestras pequeneces cicateras? De ahí que el artista quiera romper con esa seriedad de nuestra vida oficial. La vida burguesa es una gran comedia en que el cumplimiento —cumplimiento y mentira— juega su principal papel. El artista busca una sinceridad más natural y primigenia. Y adoptará posturas de **enfant terrible** o de loco despreocupado. Tal es su vida, locura para los burgueses y suprema sabiduría para los iniciados; así lo dicen parodiando la frase de San Pablo.

4.—Tercer rasgo del burgués.

El burgués está identificado con su función social. Más que un hombre, es un funcionario. Un funcionario firmemente asentado en su papel concreto. El artista reclama para sí una movilidad de movimientos sin límites. Quiere tentar nuevas rutas y libar de nuevas flores; descubrir nuevos caminos y soñar con un veraneo en las estrellas.

5.—Cuarto rasgo del burgués.

El burgués, satisfecho de sí mismo, anclado en sus sacrosantas tradiciones, no ambiciona cambiar. El artista jamás considera su personalidad acabada. Jamás se cierra en sí mismo, sino que se abre sin cesar a lo imprevisto, a la sorpresa, al milagro. Chesterton consideraba como una muestra de salud mental la abertura hacia lo maravilloso. Sólo quien pueda levantar sus ojos hacia una noche estrellada y llorar ante lo imprevisto del milagro cotidiano de las estrellas, tiene un alma virgen y niña, capaz de percibir los mensajes de la belleza y del espíritu.

Así resume y contrapone Blanchet, la postura del poeta y del burgués: "La oposición del poeta y el burgués adquiere por fin su verdadero sentido: **es de orden religioso**. No es una simple cuestión de gusto, como nos pretende hacer creer el burgués, sino una orientación vital, radicalmente divergente. El poeta quiere "cambiar la vida", el burgués instalarse en ella. Insatisfecho de sí mismo el poeta no quiere **ser**, sino hacerse y renovarse continuamente; el burgués por el contrario es ese paquidermo embebido en los espesores impenetrables de su suficiencia, a quien su confortable coraza le impide llegar a ser otra cosa que la que es. El poeta cuenta de antemano con una ayuda exterior, ya que la inspiración es colaboración con una potencia misteriosa, con un X, ángel o demonio; el burgués está convencido de que él se basta a sí mismo, y se rebela ante la sola idea de una intervención superior en sus pequeños negocios. Con otras palabras, el poeta, en contraposición al burgués, es permeable a la gracia. La sumisión a los espíritus, puede convertirse en sumisión al Espíritu Santo. El burgués permanece del lado de acá de toda vida espiritual, a la puerta de ese gran castillo del que hablan Kafka y Kierkegaard, donde os esperan los ángeles y los demonios. El artista se mantiene en vilo sobre esa cuerda tendida entre este mundo y el otro. Con la sonrisa trágica del clown, y bajo la mirada compasiva del burgués, que aprecia más la solidez de su sillón, se entrega a acrobacias espirituales vertiginosas. No duda, espera la caída... en lo verdaderamente real. Se lanza al vacío donde le esperan unos brazos, que seguramente le recogerán en pleno vuelo. ¿Dónde se encontrará? ¿En el cielo o en el infierno? ¿Con Dios o con Satanás? A no dudar, en lo sagrado, en lo religioso, donde se impondrá la opción final".¹⁹

CONCLUSION FINAL.

Según esto podríamos decir, que el Espíritu de Dios camina sobre las aguas del arte. En ninguna época faltarán artistas. Y ellos serán los portavoces del espíritu. A veces el espíritu hablará con voces más o menos veladas, pero su presencia será siempre real en el mundo. Si el arte es connatural en el mundo, quiere decir que nuestro espíritu humano es una realidad que se abre al infinito. Ya no podemos hablar propiamente de una paranoia del genio, como quiere Freud. Habrá que ir más allá, hasta descubrir esa realidad del alma, que atisbó Jung, y esa verticalidad del espíritu, que predica Frankl. Aun en las oscuridades de nuestra caverna se reflejan las sombras de aquel mundo de los espíritus. Abrir la puerta a esta realidad, sondear en toda su largura, anchura y profundidad las exigencias del espíritu, abrir los horizontes hasta el infinito, reconocer la grandeza de la persona espiritual, entroncada en el mismo Dios, es la única manera de crear una atmósfera limpia. Cuando sea la ley de Dios, —grande como Dios mismo, y expresión de nuestras aspiraciones naturales, llenazón de todos nuestros deseos de hombres— y no las tradiciones más o menos raquíticas, más o menos temporales y caducas, la que imponga su dominio en el mundo, habremos cortado una de las raíces más profundas de las inquietudes, que agitan a los espíritus generosos.

Sólo mirando al cielo se siente el espíritu libre. La vertical se hunde en el Infinito. La horizontal es necesariamente demasiado estrecha. Las montañas están demasiado cerca y su barrera insuperable nos asfixia.

(19).—BLANCHET, pág. 31.